

LA PRIMERA FILOSOFIA DE MOORE, I

Francisco Rodríguez Consuegra

Abstract

In this paper I try to show that the articles published by Moore from 1897 to 1903, almost completely unknown, contain a coherent philosophy, which was very important because of its great influence on the beginning of analytical philosophy and, in particular, on Russell and the later logical atomism. This philosophy was built on a theory of judgment whose main trait was the transformation of the subject-predicate pattern into a relational one, following so to Bradley, but inside a realist view. Consequently, the corresponding ontology stated the conceptual «atoms» as the only reality, with no distinction between the proposition and its constituents. In the same line, the epistemology showed the distinction act-object (also taken from Bradley) as leading to a view of knowledge as an external relation between subject and object, and to the rejection of idealism. But this rejection was maintained only through the intuition, which allows the acquaintance with the genuine constituents of the world: the simples. The method resulting from these grounds was philosophical analysis, that is to say, the definition of the very essence of complex concepts by reducing them to its simple constituents (which are indefinable), till the finding of the true meanings and genuine logical forms (again following to Bradley).

El objetivo de este trabajo es aislar el armazón de la primera filosofía de Moore (1897-1903), la cual, a pesar de haber ejercido una influencia enorme en los orígenes de la filosofía analítica contemporánea, ha sido poco o nada estudiada. Un ejemplo de esa influencia lo tenemos en Bertrand Russell, que tanto en 1903a (prólogo), como en 1904a (y otros lugares) hizo claras referencias a ella, calificándola de masiva, a pesar de la relativización de tal convencimiento por parte del propio Moore¹. En otra parte he estudiado a fondo esta influencia (véase mi 1987a, caps. 6 y 9), por lo que aquí me limitaré, en general, al propio Moore, intentando un panorama global y coherente de sus primeros escritos, tomando como límite los *Principia ethica*². El material resultante

¹ En su autobiografía 1942a, 15.

² Sobre esta influencia, véase Levy 1979a, 132, 196 y 249-50. Según Levy, el carácter general de la influencia de Moore se debió a su personalidad (*Ibid.*, p. 1-16) más bien que a sus doctrinas. Aunque algo de esto parece innegable, sobre todo atendiendo a su relación con el grupo de Bloomsbury, la influencia sobre Russell tiene un contenido técnico difícil de exagerar.

es bastante amplio: siete artículos³, la recensión de 1897a de Russell (1899b), los pequeños artículos en el diccionario de Baldwin (1902a) y los propios *Principia Ethica* (1903a)⁴.

En mi 1988i he trazado ya las líneas de la influencia de Bradley sobre el propio Moore; no insistiré, pues, sobre lo allí establecido. Ahora se tratará más bien de concretar cómo se desarrolló esa influencia que de repasar sus puntos de partida. Es de subrayar, no obstante, que casi la totalidad de los temas y logros más importantes del primer Moore proceden directamente de Bradley: el análisis relacional del juicio como alternativa al análisis sujeto-predicado; la consiguiente importancia de los conceptos como material básico (y al mismo nivel) para la construcción de los conceptos complejos (proposiciones); la concepción realista (objetivista) de la lógica y la filosofía; el referencialismo del significado; la distinción entre acto y objeto, e incluso el énfasis dado al análisis conceptual como instrumento destinado a entresacar la forma verdadera de la aparente.

Como todos esos temas sirvieron para edificar la base de toda la filosofía analítica posterior, tanto la del propio Moore como, sobre todo, la de Russell⁵, será imprescindible prestarles la debida atención tal y como fueron desarrollados por primera vez precisamente en el período 1897-1903. Se trata, además, de un período casi totalmente desconocido de Moore, incluyendo 1903a, del cual, aunque se reconoce generalmente su importancia, sólo se acostumbran a citar tres temas aislados del contexto: el análisis, la falacia naturalista y el «ideal» ético; en cambio, su contenido metodológico global suele desdeñarse⁶, así como el hecho de haber supuesto la consolidación de muchas de las tesis defendidas en los artículos anteriores.

Divido el trabajo en cuatro secciones, dos de las cuales van en esta primera entrega (I) y las otras dos en una segunda (II). En la primera sección (los artículos hasta 1898, íntegramente idealistas, contienen sólo el germen del desarrollo posterior; véase mi 1987a, 6.1.) intento exponer de forma coherente la lógica (teoría del juicio). Para ello es necesaria cierta especulación, motivada por el hecho de que Moore no se preocupó demasiado de relacionar entre sí el contenido de los artículos relevantes que iba publicando, limitándose, más bien, a desarrollar temas aparentemente independientes. A pesar de ello creo que está suficientemente claro que hay en ellos una filosofía

³ Que son: 1897a, 1898a, 1899a, 1900a, 1900b, 1903a y 1903c.

⁴ Por si hubiera alguna duda sobre la influencia de 1903a sobre Russell, baste atender al hecho de que, como ha mostrado Rosebaum (1969a), todas las doctrinas importantes de esa obra estaban contenidas ya en una serie de conferencias de 1898-1899 (*The elements of Ethics*), cuyo manuscrito se conserva. Es decir, que las ideas centrales de *Principia Ethica* aparecieron justamente en el período en que la influencia de Moore sobre Russell fue más intensa: el período de la «rebelión» contra el neo-hegelianismo.

⁵ Antes de leer los escritos de subgraduado de Russell, publicados ahora en el tomo I de los *Collected Papers* (1983a), estaba convencido de que todas las tesis típicas de Bradley que fueron aprovechadas por la filosofía analítica, habían pasado a Russell a través de Moore. Sin embargo, es obvio que, como muestran tales escritos, al menos algunas de ellas (la búsqueda de los «previos»; la rígida distinción lógica-psicología; el énfasis filosófico en el significado, etc.) estaban ya presentes en Russell antes de que la influencia de Moore tuviese lugar. Ello no resta méritos a la originalidad de Moore, pero explica la facilidad con que Russell aceptó la «nueva lectura» de tesis ya familiares para él (véase mi 1987a, p. 229, n. 5).

⁶ Un ejemplo espectacular es Ayer 1971a, que deja completamente al margen casi toda esta etapa de Moore.

coherente e importante.⁷ (lo propio sucede en el resto de las secciones). La lógica de esta etapa es importante porque sólo a partir de ella (como sucedió con Russell) se entienden las tesis ontológicas, epistemológicas y metodológicas subsiguientes.

En la segunda sección daré cuenta de la ontología correspondiente a esa lógica, caracterizada sobre todo por el «atomismo» y por la instauración de los «simples» como paso hacia el análisis definicional, que será lo más importante de la influencia sobre Russell. En la tercera expondré las consecuencias epistemológicas de todo lo anterior mostrando cómo la distinción acto-objeto lleva a la visión del conocimiento como relación *externa*, y cómo, por lo mismo, puede *refutarse* el idealismo, basado, según Moore, en un malentendido que sólo puede superarse mediante la «intuición» de los auténticos componentes lógico-ontológicos del mundo: los *simples*. Por último, en la cuarta sección entraré en el tema de la metodología, intentando explicar la importancia del análisis definicional como único recurso capaz de ligar entre sí las tesis lógicas, ontológicas y epistemológicas en el marco de los *simples*, la intuición, y las relaciones externas

1. Lógica y teoría del juicio

La lógica del primer Moore, que es la fuente de toda su filosofía, parte, como la de Bradley, de un análisis alternativo del juicio (o proposición). Igualmente, parte de una distinción plena con la psicología y de una teoría referencialista del significado. Pero en todos esos puntos aparecen discrepancias con el propio Bradley, si bien en muchos casos éstas aparecen como menores. La más importante y que, a su vez, ocasiona otras como consecuencias, se concreta en el reproche de psicologismo. Y ello contra el máximo enemigo de esa concepción de la lógica y la filosofía.

Bradley había caracterizado el significado (universal) como una parte del contenido de la idea que era «cortada» de ella y fijada por la mente, a partir de lo cual quedaba incorporada al juicio (véase mi 1988i). Para Moore tal postura cae en el psicologismo al no distinguir con precisión entre el símbolo y lo simbolizado, ni subrayar suficientemente el hecho de que la idea lógica es idea de algo, es decir, que no sólo está *relacionada* con ese algo (1899a, pp. 176-7). En contraposición a Bradley, Moore considera que la idea utilizada en el juicio no es *parte* del contenido de *nuestras* ideas ni está producida por ellas (no es una abstracción de ellas); si así fuera, prosigue Moore, para poder «cortar» esa parte del contenido tendríamos que saber con anterioridad cuál sería el carácter de la idea de la cual deberíamos sustraer esa parte, es decir, tendríamos que tener una idea de esa idea, lo que desembocaría inevitablemente en un regreso al infinito y haría imposible todo juicio (1899a, pp. 177-8).

Sin embargo, la conclusión obtenida (que la idea de juicio no es una parte del contenido a pesar de constituir un significado universal; un «concepto») no justifica el siguiente paso que lleva a cabo Moore, que es nada menos que negar, inmediatamente,

⁷ En esto coincido con Pettit 1973a, aunque sus resultados sobre la primera filosofía de Moore sean un tanto superficiales e inconexos.

la estructura clásica sujeto-predicado por un lado, y la propia alternativa de Bradley por otro. Es decir, niega que en el juicio atribuyamos una parte del contenido como predicado a un sujeto y también que hagamos lo propio con las partes correspondientes a sujeto y predicado gramaticales en relación a un tercer sujeto; con lo que se está refiriendo, naturalmente, al análisis alternativo de Bradley según el cual el verdadero sujeto del juicio no es el gramatical sino la realidad globalmente considerada, de la cual todos los juicios serían predicados cuyos componentes hay que considerar situados al mismo nivel lógico, es decir, conectados o relacionados entre sí *mediante el juicio* y por tanto formando una unidad compleja que *como tal* es atribuible sólo a la realidad.

Pero la negación de este análisis del juicio *no se infiere* de la crítica efectuada a la definición de «significado universal» de Bradley, puesto que es posible prescindir de tal definición y continuar rechazando el análisis sujeto-predicado en favor del análisis relacional. Además, cuando Bradley habla de cortar una parte del contenido se refiere sólo a una operación destinada a *utilizar* esa idea en el juicio, pero no a su fundamento ontológico último, que es inmune a tales manipulaciones mentales o gramaticales; para Bradley las ideas lógicas no tienen relación alguna con la psicología, por lo que son independientes del *uso* que de ellas hagamos. Es como si para poder manejar una idea lógica tuviésemos que hacerlo agarrándola por un extremo; no por ello ese significado universal sufriría menoscabo ni pasaría a depender ni epistemológica ni ontológicamente de nuestra mente.

En consecuencia, lo que hace Moore es, simplemente, aceptar las críticas de Bradley al modelo sujeto-predicado (S-P) y también, parcialmente, la alternativa bradleyiniana, rechazando sólo el considerar como sujeto *verdadero* a la «realidad». Y lo hace porque el modelo de Bradley le proporciona la posibilidad de reducir todos los componentes del juicio a un mismo nivel lógico. Así, podrá concluir que en «esa rosa es roja», no hay *atribución* alguna en el juicio, «sino una conexión específica de ciertos conceptos formando el concepto total 'rosa' con los conceptos 'esta', 'ahora' y 'roja', siendo el juicio verdadero si tal conexión es existente», es decir, si esa conjunción se da en la realidad como existente, y no simplemente como mera relación de ideas (1899a, p. 179)⁸.

Pero con ello Moore no logra desembarazarse en absoluto del modelo de la predicación; cae, más bien, en la teoría de la verdad como consistencia al verse obligado a introducir una realidad «proposicional» definida (como veremos después) a través de una especie de predicado supremo: la existencia, que se erige como sinónimo de «realidad» al dar sentido último a ciertas combinaciones de conceptos y negárselo a otras. Por tanto, no logra independizarse de Bradley; lo mismo es decir «la realidad es tal que S es P» que «S y P se relacionan de tal manera que la existencia se les atribuye correctamente». El único cambio consiste en incorporar los conceptos S y P al sujeto de la proposición de una forma tal que se apunte a su relación adecuada con otro concepto: el de existencia (corrijo aquí un error gracias a Juan J. Acero). Pero para ello no hacían falta tales esfuerzos; Bradley podía aceptar que «la conjunción S es P existe realmente» es otra forma correcta de referirse a su análisis alternativo («la realidad es tal que S es P»).

⁸ Levy 1979a destaca (p. 194) muy justamente el hecho de que el realismo de Moore procedía de un rasgo propio de su personalidad: era realista «por temperamento». De esa forma se entiende que incluso en estos primeros artículos asome ya ese rasgo.

En consecuencia, Moore no necesitaba partir de crítica alguna de la teoría del significado de Bradley, ni tampoco del rechazo de su modelo de juicio. Puesto que todo lo que le interesaba era llegar a considerar a todos los conceptos como realidades situadas al mismo nivel («átomos») en la proposición, y a ésta como un concepto complejo, podía haberse limitado a admitir el análisis relacional de Bradley sustituyendo Realidad por Existencia. Si no lo hace así es porque paralelamente tiene una teoría del conocimiento (que desarrolló más tarde) según la cual mediante nuestra intuición podemos acceder a ciertos conceptos (los *simples*) que sirven de materia prima para definir a todos los demás, y que configuran una realidad ontológicamente plural (atomística). Así, independientemente de que, además, la Existencia sea un concepto como los demás (cosa que no podría decirse de la Realidad bradleyiniana), su epistemología, derivada en última instancia también del análisis relacional del juicio (que homogeneiza los conceptos), entra de lleno en contradicción con la filosofía de Bradley.

Una prueba parcial de su desinterés por atacar directamente el modelo S-P podría estar en el hecho de que nunca realiza explícitamente ese ataque hasta *después* que el propio Russell lo hubiese hecho a fondo (tras las líneas marcadas por el propio Bradley) en su obra sobre Leibniz. Así, no es hasta 1903a (73) cuando Moore, en su crítica a las éticas metafísicas (que cometen, según él, la «falacia naturalista»), las acusa de reducir todos los tipos de proposiciones al esquema común mediante el cual un sujeto gramatical queda conectado con un predicado gramatical; siendo así que, en realidad, las verdades éticas han de partir de la realidad de conceptos indefinibles que, como el de «bueno», sólo podemos conocer intuitivamente. En 4 veremos cómo la falacia naturalista no logra tampoco eludir el esquema S-P, ni adaptarse al nuevo modelo relacional.

Lo importante es, pues, la parte positiva de ese análisis relacional mediante el cual se intenta sustituir la visión jerarquizada del juicio por otra atomística, hasta transformar la proposición en un concepto complejo: «Una proposición se compone, no de palabras, ni aún de pensamientos, sino de conceptos» (1899a, p. 179); y será verdadera si, como combinación, existe independientemente de la existencia de sus objetos correspondientes⁹. Pero, curiosamente, el ejemplo que se utiliza para ilustrar este punto es aritmético: $2 + 2 = 4$, con lo que, naturalmente, Moore logra con facilidad distinguir entre *ser* y *existencia* (tales proposiciones son verdaderas independientemente de que existan cosas concretas que, por ejemplo, se sumen). Ello le lleva a decir: «Deberíamos alargar nuestra noción de existencia más allá de la inteligibilidad, para suponer que 2 siempre ha sido, es o será un existente» (*Ibid.*, p. 180).

En artículos posteriores Moore rechazó explícitamente la distinción entre ser y existencia (véase 2), pero aquí le sirve para reforzar su presentación de la proposición como concepto complejo, a diferencia del concepto a secas, que es *simple*: «Una proposición es una síntesis de conceptos; y, justamente como los conceptos son en sí mismos lo que son inmutablemente, así permanecen en infinitas relaciones igualmente inmutables los unos con los otros» (*Ibid.*). Con todo ello prefigura, como decía más

⁹ Se trata del modelo que, al ser aceptado por Russell, fue utilizado por él como alternativa a la «teoría existencial del juicio», según la cual los componentes del juicio serían extraídos de realidades existentes (de la percepción). Lejos de ello, basta con que tales conceptos componentes sean (véase mi 1987a, 9.3.3 y 9.4).

arriba, su teoría intuicionista del conocimiento y, sobre todo, su ontología atomística basada en la distinción simple-complejo. Aunque aquí no aparezcan todavía los graves problemas de relación entre conceptos (lo harán en 1900a), la introducción del concepto de existencia como el más simple (a excepción del concepto de verdad) sienta las bases de una ontología pluralista necesaria para fundamentar una teoría definicional del análisis como método filosófico y, al mismo tiempo, una teoría del conocimiento como relación externa válida para justificar la anterior epistemológicamente.

Así, pues, el resultado más importante va a consistir en el análisis relacional de la proposición. Es decir, en la reducción lógica de los componentes de la proposición a partículas lógicas combinadas mediante el «pegamento» de la existencia. Ello conduce, naturalmente, a destruir toda distinción entre concepto y existente y, en consecuencia, entre existencia y mero «ser», pero tiene la enorme ventaja de convertir la inferencia en un proceso plenamente objetivo (al estilo de Bradley), sacándolo del ceno de las «leyes del pensamiento». Puesto que los conceptos son objetivos y se relacionan *objetivamente*, el paso de las premisas a la conclusión *existe* por sí mismo, no lo imponemos nosotros mediante nuestro pensamiento. El inconveniente de semejante platonismo está en que incluso el concepto mismo de existencia se diluye en la pura lógica: «Ya no es necesario mantener que las conexiones lógicas deben existir en algún oscuro sentido, pues existir es meramente estar en cierta conexión lógica» (1899a, pp. 182-3). En 2 veremos que ése fue el precio pagado por el análisis relacional desde el punto de vista atomístico.

Baste añadir aquí que en esta etapa Moore está sentando explícita y claramente lo que el atomismo «lógico» posterior se negaría a concluir a pesar de estar implícito en su metodología: que toda identificación de lógica y ontología lleva, en última instancia, al platonismo más esencialista. Precisamente por eso la metodología del primer Moore y de todo Russell nunca pudo ser otra cosa que el descubrimiento de esencias mediante el análisis definicional (o construcción de lo complejo con lo simple). Y ello a pesar de que Russell pretendiese que las construcciones cumplieran sólo estructuralmente como inferencias (esencias). Pues el recurso a los simples es lo suficientemente significativo de la admisión del conocimiento «intuitivo» como para hacer imposible lo que de científico haya en cualquier nominalismo metodológico.

Ese mismo «logicismo» a ultranza es el que finalmente hizo posible el otorgar la enorme importancia que Moore concedió a su famosa distinción entre acto y objeto, que reinó en sus artículos hasta 1899. Y ello porque para Moore cualquier posibilidad de considerar lo a priori en teoría del conocimiento ha de remitirse automáticamente a un fundamento lógico so pena de caer en el psicologismo. Por esa razón rechazó a Kant, al Russell de 1897a e incluso al mismo Bradley. La teoría correspondiente a ese a priori exclusivamente lógico la expuso en «Necessity», siempre desde el punto de vista atomístico e «intuicionista». Veámoslo brevemente para finalizar la sección¹⁰.

Para Moore la necesidad se predica de «entidades»: cosas, proposiciones y «conexiones». Pero no existe algo en común entre ellas que podamos identificar con su

¹⁰ En 1899a (pp. 186-8) se refiere también a la noción de necesidad, pero desde una óptica más confusa, involucrando la noción de tiempo como la garantía de verdad necesaria.

necesidad; así, no nos servirán para ello ni el sentimiento de compulsión, que no es universal, ni la sucesión constante de que hablaba Hume, que reduce el problema a una cuestión psicológica. En consecuencia, parece restar sólo la solución kantiana (1900a, pp. 291-3). Pero la distinción de Kant entre verdades analíticas y sintéticas se le hace inaceptable a Moore porque infiere de su modelo relacional del juicio que todos ellos deben constar al menos de *dos* términos y una relación, lo cual implica *síntesis*, es decir, la posibilidad de ser negados sin contradicción. Sin que puedan salvarse de ellos los juicios de identidad, que en realidad no constan de dos términos sino sólo de uno. Por consiguiente, no hay verdades analíticas (1900a, p. 295).

El único sentido válido de «necesidad» ha de extraerse de la universalidad de las leyes «duras»: la de contradicción y las que rigen la aritmética. Es decir, de esa «generalidad» que hace posible esa amplísima aplicabilidad que Kant llamó *a priori* (1900a, pp. 299-300). Aunque, desgraciadamente, continúa Moore, no podemos considerar ese carácter *a priori* como *consecuencia* de su necesidad: con ello no haríamos sino añadir un término más. Es preferible admitir que sólo podemos *mostrar* esa verdad como *a priori*. Con ello Moore vuelve a insistir en esa «facultad» intuitiva que, como recurso, heredaron tanto Russell como el primer Wittgenstein, y que parece depender, en última instancia, de la admisión de «simples» en sí. De la misma forma que en la definición hemos de servirnos sólo de simples para construir lo definido y sólo podemos acceder a ellos intuitivamente, así también las verdades pueden ser clasificadas jerárquicamente en función de su generalidad, es decir, de su simplicidad. Por eso Moore termina diciendo que el único sentido válido de *a priori* es el que identifica esa noción con la de «previo desde el punto de vista lógico»; a pesar de que ello suponga convertir la necesidad de una proposición en una cuestión de grado relativa al *número* de proposiciones con las que aquella se encuentra en esa relación lógica. Así, lo cierto es que (1900a, p. 300):

a priori significa lógicamente previo y que cualquier verdad lógicamente previa a alguna otra proposición verdadera es hasta ese punto (*so far*) necesaria; pero que en la medida en que se obtengan más y más proposiciones verdaderas a las cuales es lógicamente previa una verdad dada, así nos aproximamos a esa región dentro de la cual la verdad será considerada absolutamente necesaria o *a priori*.

De esa forma nos vemos conducidos directamente al mundo de lo absolutamente simple o general, al cual no podemos acceder más que a través de la intuición. Por eso Moore reconoce que aun cuando sólo esa relación lógica puede ayudarnos a *definir* la necesidad, ésta, en sí misma, puede sólo ser «señalada» y «reconocida» en ejemplos (*Ibid.*). Y, puesto que se trata de una relación meramente lógica, ha de caracterizarse por el criterio de la implicación lógica, que es independiente del contenido de las proposiciones. Lo que distinguirá, pues, a una proposición *previa* es que puede ser verdadera a pesar de que la proposición particular a la cual es previa pueda ser falsa. Por eso añade Moore que aunque no sirvan de criterio de verdad para los juicios empíricos, al menos se aproximan a la clase de las proposiciones «más ciertas» desde cualquier punto de vista que se considere la certeza (1900a, pp. 301-2).

Con semejante aproximación de lo lógico a lo ontológicamente simple, se trate de conceptos o de proposiciones, parece adelantarse el doble logicismo (reductivo y

deductivo) de Russell en 1903a, ya patente en sus esfuerzos inéditos previos a 1900 (véase mi 1988a). Así, la aceptación del «logicismo» de Peano se hacía más fácil.

2. La ontología atomística

La concepción de la lógica como reino de la objetividad, que procede de la distinción suprema entre acto y objeto, lleva a Moore por el camino del referencialismo, hasta hacerle ver el mundo como algo constituido últimamente por conceptos, que, a su vez, configuran las proposiciones relacionalmente. La prueba de su existencia radica precisamente en su vida propia; es decir, en la capacidad que exhiben de existir por sí mismos, independientemente de la utilización mental o lingüística que hagamos de ellos.

Como vimos en la sección anterior, al descomponer la proposición en elementos constituyentes independientes y situados al mismo nivel lógico, se pone al descubierto el hecho de que las relaciones que los conectan entre sí no afectan a su forma de ser; en todo caso posibilitan la construcción de un concepto complejo (la proposición). Esas mismas relaciones son las que guardan con el sujeto cognoscente. Con lo que aparece el primer indicio claro de que la distinción acto-objeto y el análisis relacional se manifiestan por igual en lógica, ontología y teoría del conocimiento.

En última instancia son esas relaciones *externas* las que garantizan la existencia de aquellos elementos constituyentes como *conceptos* (1899a, p. 179):

Los conceptos son posibles objetos de pensamiento, pero eso no es ninguna definición de ellos. Establece meramente que pueden entrar en relación con alguien que los piense; y para que *puedan* hacer algo deben *ser* ya algo. Es indiferente a su naturaleza el que alguien los piense o no.

Por consiguiente, su forma de ser es independiente de las relaciones que puedan mantener con otros conceptos o con los sujetos. Russell lo dirá más claramente en 1903a (y en los manuscritos previos) al justificar su exuberante ontología sobre la base de que todo concepto (o «término»¹¹) ha de tener alguna forma de ser para poder *ser* pensado, dicho, relacionado, etc. El inconveniente de tal aclaración radica en que, si la hacemos, hemos de introducir inmediatamente una distinción entre ser y existencia para así clasificar los conceptos (eliminando aquellos obviamente «inexistentes»), lo cual, partiendo de la noción mooreana de existencia en 1899a es inadmisibles (aunque en Russell no surja ese problema).

En todo caso, para Moore los conceptos son «incapaces de cambio y la relación en la cual entran con el sujeto cognoscente no implica acción o reacción» (1899a, p. 179). La procedencia de tal inmutabilidad procede claramente de su origen proposicional y atomístico, pues una proposición no es más que un concepto complejo: «Una proposición es una síntesis de conceptos; y, justamente como los conceptos son en sí mismos lo que son inmutablemente, así permanecen en infinitas relaciones igualmente inmu-

¹¹ También el Moore posterior a 1899a prefirió referirse a los «conceptos» como términos. El desconocimiento del primer Moore es tan grande que a veces se cita esta coincidencia como diferencia: señal inequívoca de que muchos se limitan a leer (sí acaso) lo que se suele describir como el «principal» trabajo de Moore en esta época.

tables los unos con los otros» (*Ibid.*, p. 180). Esas relaciones *externas* (en el sentido más platónico posible) conectan entre sí los conceptos siempre *como simples*, aunque después podamos jerarquizarlos en virtud de su complejidad interna particular.

La existencia es un concepto exactamente igual que los otros, pues no hay más remedio que aplicarle también la misma teoría referencialista del significado: «La existencia es ella misma un concepto; es algo que nosotros significamos» 1899a, pp. 180-1); su particularidad radica en que cuando se une a otros conceptos los hace verdaderos como combinación, es decir, como proposición. Por ello se encuentra subordinada (desde el punto de vista lógico) al concepto de verdad, que sirve para definirla. Se trata, así, de un concepto extremadamente simple; precisamente por ello, aclara Moore, su relación con los demás es accesible sólo al conocimiento inmediato, con lo que se establece ya un primer precedente claro del intuicionismo de los simples típico de 1903a. (Exactamente igual que en el caso de reconocer la verdad de una proposición: la consistencia es obligada donde sólo *hay* conceptos). Es el hecho de nuestra incapacidad para rebasar el marco de lo intuitivo, es decir, para salir del mundo de los conceptos, lo que hace imposible acceder a la verdad (y a la existencia, su subordinada lógicamente) de manera distinta a la del contacto directo e inmediato. En consecuencia, también desde este punto de vista, ligeramente más epistemológico, llegamos a lo mismo: «Parece necesario, entonces, considerar el mundo formado por conceptos», ya que son los *únicos* objetos de conocimiento que no aparecen ni se originan como abstracciones de cosas o de ideas; más bien son éstas las que resultan de aquéllos a través de los conceptos, un tanto privilegiados, de verdad y existencia (1899a, p. 183).

La distinción entre ser y existencia es, pues, imposible, al serlo su premisa imprescindible: la distinción previa entre conceptos y existentes. Un existente no es más que «un complejo de conceptos que se hallan en una única relación con el concepto de existencia», por lo que «ya no es necesario mantener que las conexiones lógicas deben existir en algún oscuro sentido, pues *existir es meramente estar en cierta conexión lógica*» (1899a, p. 183; cursiva mía). Es una consecuencia inevitable de la negativa de Moore a admitir los niveles de realidad a los que Bradley condujo su propio análisis de la proposición en términos de grados de verdad. Y, aunque Moore no retrocede ante el ciertamente peligroso acercamiento al idealismo que supone el reducirlo todo a conceptos (a pesar de la redefinición, un tanto ingenua, de tal noción), se ve imposibilitado para rebasar el marco del pluralismo a que le conduce el atomismo implícito en su propio análisis nivelador de la proposición.

Es ahí donde Moore se muestra como gran inspirador del futuro atomismo lógico en su necesaria doble vertiente (lógica y ontológica), pues es precisamente la no distinción entre concepto y existente la que inaugura esa tradición básica para la filosofía analítica. Ante la objeción (de Juan J. Acero) según la cual para erigirse como verdadero fundador del atomismo lógico faltaría todavía la idea de que existe un isomorfismo entre lenguaje y realidad (conceptual), puede responderse que: (i) el tan traído y llevado isomorfismo de Russell y Wittgenstein es más que discutible y pareció referirse más bien al lenguaje una vez pulido lógicamente (el lenguaje lógico ideal); (ii) para Moore los conceptos son el único material ontológico, mientras que (iii) a ellos sólo se llega mediante el análisis del lenguaje ordinario, en la línea de Bradley de

«buscar la verdadera forma lógica» (volveré a esto último en 4).

La posterior introducción de la distinción entre ser y existencia, que también pasará íntegra a Russell (y que venía de Bradley; véase mi 1988i, tesis 12), no modifica el panorama total pues deja como intocable el dogma pluralista, aunque complique los detalles de su aplicación (al menos hasta la teoría de las descripciones en 1905). Moore parece aceptar implícitamente la distinción cuando ofrece la siguiente definición de «ser» (*being*) en 1902a¹²: «Es un término absolutamente universal; es decir, no sólo las 'realidades' o 'actualidades' tienen ser o son entidades, sino también las proposiciones, sean verdaderas o falsas, y cualesquiera términos que puedan ser usados en una proposición». Con lo cual, no sólo se adelanta a la definición russelliana de «término» (a la que me referiré más arriba), sino que incluye el uso mismo de semejante palabra en lugar de la habitual en 1899a («concepto»), así como también la clarificación del criterio ontológico de lo proposicional como *origen del ser*, que se hallaba ausente de 1899a: otro punto que pasaría también a Russell.

Puesto que la suprema clarificación del parcial acercamiento al idealismo (al que me refería antes) tuvo lugar en 1903c, por lo que la incluiremos en la sección siguiente, procede ahora que nos concentremos en el problema de las relaciones *externas* entre los conceptos (o términos) y, por lo mismo, en el problema previo de las clases en que pueden dividirse éstos.

Ya en 1899a se introduce la primera división entre conceptos¹³. Aunque se trata sólo de la que se da entre conceptos que existen en partes del tiempo y aquéllos que parecen darse de forma independiente de la existencia, es decir, que se relacionan *necesariamente* (1899a, p. 188). Pero aquí Moore se está refiriendo al problema de las relaciones entre lo a priori y lo empírico desde el punto de vista de la necesidad lógica, problema que resolvió más tarde (como veíamos en 1) en 1900b. Pero también existe otra división más significativa en este mismo trabajo (1899a): la que se da entre conceptos simples y complejos. Se trata aquí de algo irremediablemente inferido de su teoría del juicio como concepto complejo, aunque en este sentido Moore no saca todo el partido a la distinción; para ello necesitaría poner a punto una teoría de la definición, cosa que no se daría (plenamente) hasta 1903a. De momento no puede admitir que desde el punto de vista *intrínseco* los conceptos puedan disponerse en distintos niveles; está aún hipnotizado por la potencia de su análisis relacional y cualquier distinción de ese calibre le suena a intento de volver a la división entre conceptos básicos y secundarios, lo que se parecería mucho al viejo análisis S-P y conduciría directamente a la distinción entre conceptos sustantivos y adjetivos. Pero Moore fue heredero principal del ataque de Bradley al concepto tradicional de sustancia a través de la negativa a considerar la idea lógica tanto mental como empíricamente, es decir, a distinguir entre conceptos sujeto y conceptos predicado. El párrafo final de 1899a (p. 193) aclara la situación en este punto:

Un concepto no es un «adjetivo» en ningún sentido inteligible, como si hubiese algo sustantivo más último que él. Pues debemos, si queremos ser consistentes, describir lo que aparece como más

¹² En el artículo «Real» (vol. II, pp. 420-21), al lado de otra correspondiente al término «existencia» referida a un ser determinado, aunque esa otra definición paralela proceda del propio Baldwin quien, por cierto, califica tal término de simple e indefinible, igual que el de ser (*being*).

¹³ Contra Pettit 1973a, que ve la primera división en 1900a.

sustantivo como sólo una colección de tales supuestos adjetivos, con lo que, al final, el concepto vuelve a ser el único sustantivo o sujeto y ningún concepto resulta más o menos adjetivo que otro.

En cuanto al juicio (como concepto complejo), se muestra como absolutamente independiente de lo psicológico y lo físico, en perfecta consonancia con la naturaleza de sus constituyentes: los simples. El peligro de idealismo al que me refería más arriba aparece cuando Moore considera que el juicio posee una naturaleza «más última» que nuestra mente y que el mundo mismo y «menos última» sólo que los simples de que se compone (*Ibid.*). Pero al considerar conceptos simples a *todos ellos*, ya que todos pueden formar parte de un juicio (que no es sino un concepto complejo), Moore no puede ser del todo consecuente con lo que se deduce de su mandato supremo: si el mundo se compone de conceptos sólo podemos entenderlo disolviéndolo en ellos (como elementos componentes). Pues para ello tendremos que jerarquizar los mismos conceptos *en la medida en que obviamente unos pueden ser más generales que otros*, es decir, en la medida en que unos pueden abarcar a otros en su seno.

En este punto es donde Moore abordó la tarea de resolver el problema de las relaciones entre los conceptos en su artículo «Identity». El carácter plenamente ontológico del problema queda establecido ya en su preámbulo (1900a, p. 103); en cuanto a la necesidad de resolverlo se hace patente con objeto de lograr la consolidación del pluralismo, no sólo desde el punto de vista del análisis relacional del juicio (que es un análisis meramente lógico a pesar de los retorcimientos a que pueda someterse el concepto de existencia), sino bajo el aspecto de los constituyentes mismos del mundo. Por otra parte, que Moore tendría que enfrentarse en algún momento con el eterno problema de las relaciones entre particulares y universales era obvio desde el principio.

Por todo ello no hay que tomar demasiado en serio la enunciación de objetivos del artículo. Cuando Moore escribe que tratará de aclarar los diversos significados de «identidad», lo que tiene en mente es, más bien, encontrar el *verdadero significado* (1900a, pp. 104-5), que servirá, sobre todo, para hacer imposible cualquier tipo de «identidad en la diferencia» (de estilo hegeliano) como base del monismo. Y ello porque necesita mantener a toda costa el atomismo implícito en su teoría de los conceptos como realidades independientes y simples. Desde esa óptica, que constituye mi objetivo fundamental al considerar la filosofía del primer Moore, puede decirse que son *tres* las ideas básicas que cabe extraer (a distintos niveles de explicitud) del artículo.

(i) En primer lugar, Moore necesitaba una teoría de los conceptos que los presentase como realidades *separadas* e independientes. Por ello, tuvo que enfrentarse con la vieja consideración de que es posible reducir las diferencias entre ellos a algo meramente conceptual. Si así fuera, correríamos el peligro psicologista (o idealista) de acabar considerándolos como realidades subjetivas, en la medida en que sus relaciones sean inseparables de su *status* ontológico. Y ello tanto refiriéndonos a sus relaciones con el sujeto cognoscente como a sus relaciones mutuas. O sea, es necesario mostrarlos como entidades que se relacionan sólo externamente; fuera de toda noción platónica de participación¹⁴, lo

¹⁴ Sin embargo, Moore no logra percartarse de que en Platón no hay diferencia entre una consideración según la cual las ideas están en las cosas y otra en que las cosas sean copias de las ideas (como escribe explícitamente al situar su problema de partida). Y no la hay porque la participación cursa siempre como imitación.

que requiere admitir no sólo la posibilidad de la diferencia numérica, sino su realidad (e incluso su pertenencia constitutiva al mundo).

El argumento de Moore es una reducción al absurdo de la tesis negadora de la diferencia numérica. No obstante, el núcleo argumental no está del todo claro: Moore parece apoyarse primero en que no podemos negar la diferencia numérica, pues, en tal caso, no podríamos saber con exactitud *lo que son* las cosas a las que pertenecerían los predicados diferentes. Ni siquiera suponiendo la introducción de un nuevo par de predicados distintos porque, en definitiva, lo que habría de común entre las dos cosas (la base imprescindible para poder plantearnos el problema de la *diferencia* numérica), es decir, el predicado que compartirían, tendría que ser aplicado por igual a lo que hubiese de diferente entre ellas (sea lo anterior o lo introducido con posterioridad), llegándose así a idéntico problema; las cosas seguirían consistiendo en sus puntos de diferencia.

Pero (y por esto decía que no está clara esta parte del argumento) con ello Moore lo único que parece mostrar es que al negar la diferencia numérica nos vemos abocados a la diferencia conceptual, o sea, al mero hecho de exhibir predicados distintos. Con lo que no podríamos distinguir entre dos cosas más que por sus relaciones con otras. Y, al intentarlo con alguna relación en concreto, siempre fracasaríamos; tendríamos que remitirnos una y otra vez a la *diferencia originaria* de la que partimos en nuestra presuposición de diferencia. Así, según Moore, no podríamos diferenciar dos manchas del mismo color rojo por su posición. Pero no se ve claro por qué *un marco distinto de relaciones* no haría que viéramos, no ya dos rojos como algo distinto del caso en que se partiese de una diferencia originaria, sino incluso que notáramos esa diferencia como resultado del marco de relaciones establecidas con posterioridad. Sin necesidad de resaltar desde un principio las dos «unidades» de rojo como *dos*. Aquí parece depender Moore de una teoría implícita de los simples como irreductibles e indefinibles, es decir, como irrelacionables; precisamente porque cree que toda relación «definitoria», de darse, afectaría *internamente* a la entidad a considerar. Pero eso tendría que haberlo demostrado en primer lugar.

La sospecha se confirma en la segunda parte del argumento, que, aunque repite lo mismo, lo hace en términos más claros. Afirma ahora Moore que al negar la diferencia numérica entre A y B nos contradecemos al atribuir la diferencia existente entre ellos a sus relaciones con otras cosas (diferentes). Puesto que A y B no pueden tener diferentes relaciones a menos que la relación poseída por uno no lo esté por el otro, es decir, a menos que se diferencien *independientemente* de las posibles diferencias que exhiban en cuanto a sus relaciones (1900a, p. 110). Pero con ello lo único que se añade, si acaso, a lo anterior, es que las relaciones *sólo pueden ser externas*, para no afectar constitutivamente a sus términos. Y eso es también en el fondo decir lo mismo que más arriba cuando se insistía en la necesidad de distinguir *previamente* las diferencias y sólo *después* explicarlas.

La conclusión de Moore exige, pues, una premisa que no consta explícitamente; ni puede constar, por la simple razón de que coincidiría, en otras palabras, con la conclusión misma. Pero lo importante para nosotros no es esto, sino más bien el darnos cuenta de que la diferencia numérica es imprescindible para Moore porque sólo ella puede darle armas para luchar contra el monismo. Por eso en el transcurso de la

argumentación subyace el pluralismo bajo uno de sus puntales más importantes: las relaciones externas. No tiene nada de sorprendente, pues, que Moore rechace la identidad de los indiscernibles sobre la base platónica de que la idea en sí misma y su presencia en las cosas pueden diferir. Como decía más arriba, Moore sólo podía acogerse a esta versión del platonismo (la de la *copia*); la otra versión (la de la participación) le llevaría a los universales como entidades demasiado gelatinosas como para poder constituir la base de ese atomismo que se esforzaba en construir. La discusión que sigue se refiere ya al principio platónico en sí mismo. De ella extraeré sólo las dos ideas restantes que quería destacar; ambas abundan en esa visión pluralista que estamos reconstruyendo.

(ii) En segundo lugar, Moore necesitaba también, en consonancia con la conclusión ontológica fundamental obtenida en 1899a (que los conceptos *no* se dividen en adjetivos y sustantivos), mostrar los conceptos como entidades situadas al mismo nivel, sin gradaciones idealistas proclives a jerarquizar la realidad. La manera como surge aquí esa necesidad equivale lógicamente a la que nos mostró aquella conclusión, pero ahora surge mediante otra forma: todo lo que es pertenece a la clase de los sujetos (1900a, p. 120). Veamos cómo argumenta ahora Moore.

Admitida la diferencia numérica, el dilema del tercer hombre desaparece drásticamente con sólo mantener que la idea no puede ser exactamente similar a sus particulares (1900a, p. 114). Lo cual, a su vez, conduce a distinguir la similaridad entre particulares, que *sí* puede ser «exacta», y la que se daría entre ellos y sus correspondientes universales. Aunque, por otro lado, ambas similitudes presuponen sólo diferencia numérica y no conceptual. De esta forma se ve cómo Moore está obligado a introducir la distinción entre universales y particulares si quiere mantener la diferencia numérica; a pesar de que parezca defender por sentido común esa distinción, no deja de constituir una enorme complicación con respecto a la sencilla y espectacular solución de 1899a.

Una consecuencia importante de esa diferencia numérica es que convierte la relación existente entre cada particular con su universal en algo casi místico («sin nombre», la llama Moore, p. 117), que pretende justificar intentando reducir, a su vez, los conceptos «universal» y «particular» a un tipo extraño de conceptos *que no explica*: los conceptos-clase (muy probablemente tomados de la terminología contemporánea de Russell en sus manuscritos), pero que en realidad sólo se tienen en pie en base a esa relación (la diferencia numérica) que no resulta aclarada, puesto que es ella la que sirve para *definir* «particular» y «universal» (p. 118).

Con todo ello lo único que parece quedar claro es que Moore necesita partir siempre de un indefinible (o simple); de otra forma, debería a su vez reducir la extraña relación a otro concepto más sencillo. El problema grave aparece a continuación, cuando se nos dice que a partir de lo anterior es ya posible «decir algo» sobre el significado de «identidad» (1900a, p.118). Sobre todo porque lo que se añade no depende de lo anterior y podría ser defendido sin la introducción de la distinción entre particulares y universales. La postura de Moore ahora es que la ley de identidad (*A es A*), como algo distinto de la «identificación» (*A es B*), se apoya últimamente en que en ella la misma palabra se usa en el sujeto y el predicado. Por lo que es siempre cierta

*de todo*¹⁵, ya que todo pertenece a la clase de los sujetos, única cosa que dota de la unicidad a una proposición (sólo ellos la diferencian de todas las demás) (1900a, p. 120).

Todo esto depende, en el fondo, del análisis relacional del juicio que vimos en 1899a. Aunque ahora se presente con otra terminología, lo que está diciéndonos Moore es meramente que *no hay distinción entre sujeto y predicado* y que, por tanto, tampoco la hay entre realidad y apariencia (no hay nada que sea mero predicado). Todo es un sujeto simplemente porque todo puede ponerse bajo la forma «X es X». Pero eso no depende en absoluto de la diferencia numérica; el papel que cumple aquí esa noción es, si acaso, el de apoyar un intento no demasiado claro de construir una teoría extensional (a pesar del platonismo, que, no lo olvidemos, es del tipo «copia» y no del tipo «participación») de los universales y los particulares, la cual sí que conectaría inmediatamente con la idea de los simples como constituyentes últimos del mundo. Cuando Moore escribe que «la noción de 'sujeto' es ella misma sujeto y por tanto indefinible» (1900a, p. 121) parece apoyar nuestra interpretación, sobre todo cuando, a pesar de ello, admite que una sustancia sólo puede ser distinguida por sus predicados (p. 122).

Resumiendo: parece poder concluirse que los sujetos se relacionan entre sí mediante una especie de combinación. Cada combinación puede ser a dos niveles: el primero de ellos lleva de los particulares a los universales; el segundo, de ambos a las proposiciones, que son conceptos complejos en un sentido distinto de aquel en que lo es un concepto definible en función de otros (es el problema que saldrá relucir en 1903a de Russell en relación a la «unidad» indefinible de la proposición; véase mi 1987a, cap. 12). En cuanto a la distinción S-P, queda abolida en favor del atomismo, el cual se apoya, como siempre, en las relaciones externas. A su vez, éstas quedan a salvo mediante la distinción entre conceptos y conceptos-clase (que representan el lado intensional y el extensional). Aunque nada resulte completamente clarificado, no hay que olvidar que para Moore «indefinible» es siempre sinónimo de accesible sólo por la intuición inmediata, a pesar de que no es hasta 1903a que esta doctrina resulta sistemáticamente aplicada.

(iii) En tercer y último lugar, Moore necesitaba mostrar que las relaciones entre universales y particulares no anulan su mutua independencia; sólo así podía ofrecer una alternativa (consistente con sus propósitos) a la vieja teoría de los universales «concretos» de Hegel y Bradley. Aquí sí puede aprovecharse mejor de todo lo establecido, pues lo que se trata de demostrar es la famosa «identidad en la diferencia», en el caso de cosas que son a la vez conceptual y numéricamente diferentes y que, además, se hallan en la relación de pertenencia a una clase. Como dos «rojos» de un matiz, dos matices de rojo o varios números distintos.

Se llega a la equivocada noción de universal «concreto», dice Moore, confundiendo la clase con el concepto-clase (1900a, p. 125). Así, cuando consideramos «número» como igual que, por ejemplo, «dos», lo que hacemos es investir a cualquier conjunto

¹⁵ Por su carácter hipotético, afirmaríá Bradley, a quien, como de costumbre, no se cita. Es una señal inequívoca de que tanto Russell como Moore estaban tan empapados de Bradley que cuando usaban una de sus ideas les parecía que recurrían al sentido común.

con el título de universal concreto o individuo para, a continuación, investir al conjunto con las propiedades de un universal real. Y así sucesivamente hasta demostrar que el mundo todo es un individuo, es decir, hasta el monismo total (1900a, p. 126).

Con todo ello puede verse con claridad la forma en la que Moore trataba de destruir las armas tradicionales de los monistas, intentando demostrar que los conceptos pueden relacionarse sólo externamente. Ahora, su teoría de la diferencia numérica y de la relación «sin nombre» entre universal y particular¹⁶, muestra su verdadero objetivo: defender el pluralismo como única respuesta posible al problema de las relaciones entre los conceptos¹⁷. El problema, como antes, radica en que el dogma de las relaciones externas se utiliza continuamente como premisa. Sin embargo, el tipo de solución de Moore podía verse como una anticipación de los problemas referentes a la paradoja de las clases¹⁸ y la teoría de los tipos de Russell. En última instancia el atomismo lógico salió de aquí, y la teoría de los tipos es una de las fuentes lógicas del pluralismo. Nada de extraño tiene, pues, que todo se remonte a lo que vengo presentando como el origen de toda la filosofía analítica: el análisis relacional de la proposición.

Bibliografía

- Ayer, A., 1971a, *Russell and Moore. The analytical heritage*. Londres (MacMillan).
Bowne, G.D., 1966a, *The philosophy of logic 1880-1908*. La Haya (Mouton).
Dufumier, H., 1909a, «Les théories logico-métaphysiques de MM B. Russell et G. E. Moore», *Rev. Mét. Mor.*, 17, pp. 620-53.
Hope, V., 1969a, «The picture theory of meaning in the *Tractatus* as a development of Moore's and Russell's theories of judgement». *Philosophy*, 44, pp. 140-8.
Hylton, P., 1984a, «The nature of the proposition and the revolt against idealism», J.B. Schneewind y Q. Skinner (eds.), *Philosophy in history*, Cambridge (C.U.P.), 1984.
Langford, C.H., 1942a, «Moore's notion of analysis», Schilpp, 1942a, pp. 319-342.
Levy, P., 1979a, *G.E. Moore and the Cambridge Apostles*, Oxford (Univ. Press), 1981.
Lucas, B.J., 1971a, «Moore's influence on Russell», *Russell*, 1, pp. 9-10.
Malcolm, N., 1942a, «Moore and ordinary language», Schilpp, 1942a, pp. 343-68.

¹⁶ Esta relación está involucrada, en el texto de Moore, a algo muy parecido al principio de abstracción del Russell posterior. Incluyendo un intento de distinción entre la relación de pertenencia y una relación funcional (de muchos a uno). Véase mi 1987a, 12.2.

¹⁷ Aquí Moore parece impedir la salida consistente en considerar un complejo como individuo, que fue la escogida por Whitehead y, posteriormente, por Russell, Carnap y Goodman; es decir, el recurso explícito a la «pérdida de la intuitividad» (véase mi 1987a, caps. 2, 4 y 5). Aunque más abajo admite cierta posibilidad de considerar un complejo como individuo, si bien sólo desde el punto de vista de la identidad a través del cambio. Es una lástima que Moore no desarrollara más esta idea, pues podía haber llegado a la noción de *identidad estructural*, básica para la teoría de la definición constructiva (al menos en cierta versión). En cambio, como veremos en 4, su teoría de la definición no rebasó nunca el sentido común.

¹⁸ Quizás fuera algo de este tipo lo que motivó el malentendido posterior, protagonizado por Waterlow, según el cual se hizo llegar a Russell la especie de que Moore había nada menos que resuelto la famosa paradoja de las clases. Véase al respecto Levy 1979a, p. 257.

- Moore, G.E., 1897a, «In what sense, if any, do past and future time exist?», *Mind*, 6, pp. 235-40.
- 1898a, «Freedom», *Mind*, 7, pp. 179-204.
- 1899a, «The nature of judgment», *Mind*, 8, pp. 176-93.
- 1899b, Recensión de B. Russell: «Essay on the foundations of geometry». *Mind*, 8, pp. 397-405.
- 1900a, «Identity», *Pr. Arist. Soc.*, 1, pp. 103-27.
- 1900b, «Necessity», *Mind*, 9, pp. 288-304.
- 1902a, Artículos del *Dictionary of philosophy and psychology* de J.M. Baldwin (ed.), Londres (MacMillan): «Cause and effect» (I, pp. 164-8); «Change» (I, pp. 171-3); «Nativism» (II, pp. 129-32); «Quality» (II, pp. 406-8); «Real» (II, pp. 420-1); «Reason» (II, pp. 424-5); «Relative and absolute» (II, pp. 443-6); «Relativity of knowledge» (II, pp. 450-2); «Substance» (II, pp. 612-4) y «Truth» (II, pp. 716-8).
- 1903a, *Principia Ethica*, Cambridge (C.U.P.).
- 1903b, «Experience and empiricism», *Pr. Arist. Soc.*, 3, pp. 80-95.
- 1903c, «The refutation of idealism», *Mind*, 12, pp. 433-53.
- 1906a, «The nature and reality of objects of perception». En 1922a, pp. 31-96.
- 1907a, «Mr. Joachim's *Nature of truth*», *Mind.*, 16, pp. 229-35.
- 1910a, «Material things». En *Some main problems of philosophy*, Londres (Allen & Unwin), 1953. 5ª reimp., 1969, pp. 127-44.
- 1914a, «The status of sense-data». En 1922a, pp. 168-96.
- 1922a, *Philosophical studies*, Londres (Kegan Paul).
- 1933a, «The justification of analysis», *Analysis*, 1, pp. 28-30.
- 1942a, «An autobiography», Schilpp, 1942a, pp. 1-40.
- 1942b, «A reply to my critics», Schilpp, 1942a, pp. 533-676.
- O'Connor, D., 1982a, *The metaphysics of G.E. Moore*, Dordrecht (Reidel).
- Pettit, P., 1973a, «The early philosophy of G.E. Moore», *Philos. Forum*, 4, pp. 260-98.
- Rodríguez-Consuegra, F.A., 1987a, *El método en la filosofía de Bertrand Russell. Un estudio sobre los orígenes de la filosofía analítica a través de la obra de Russell, sus manuscritos inéditos y los autores que más le influenciaron*. Tesis doctoral, Universidad de Barcelona, x+800. (Copias en microficha disponibles sobre pedido).
- 1987b, «Bibliografía de Bertrand Russell en español», *Mathesis*, 3, pp. 183-197.
- 1987c, «Russell's logicist definitions of numbers 1899-1913: chronology and significance», *Hist. Phil. Log.*, 8, pp. 141-69.
- 1988a, «Bertrand Russell 1898-1900: una filosofía de la matemática inédita», *Mathesis*, 4, pp. 3-76.
- 1988b, «Elementos logicistas en la obra de Peano y su escuela», *Mathesis*, 4, pp. 221-299.
- 1988c, «Bertrand Russell 1900-1913: los principios de la matemática, parte 1ª», *Mathesis*, 4, pp. 355-392.
- 1988d, «Bertrand Russell 1900-1913: los principios de la matemática, parte 2ª», *Mathesis*, 4, pp. 489-521.
- 1988e, «El impacto de Wittgenstein sobre Russell: últimos datos y visión global». De

- próxima publicación.
- 1988f, «El logicismo russelliano: su significado filosófico». Aparecerá en *Crítica*.
- 1988g, «Russell's theory of types, 1901-1910: its complex origins in the unpublished manuscripts», *Hist. Phil. Log.* 10 (1989), pp. 131-164.
- 1988h, «The origins of Russell's theory of descriptions according to the unpublished manuscripts», *Russell* 9 (1989), pp. 99-132.
- 1988i, «La influencia de Bradley en los orígenes de la filosofía analítica». De próxima publicación.
- 1988j, «Bertrand Russell 1895-1898: una filosofía prelogicista de la geometría», *Diálogos* 55 (1990), pp. 71-123.
- 1989a, «La pérdida de 'certidumbre en la matemática' y la ciencia contemporáneas», *Mathesis*, en prensa.
- 1990a, «Some new light on Russell's 'inextricable tangle' about meaning and denotation». Aparecerá en *Russell*.
- 1990b, «A comparison of the theories of descriptions by Frege, Peano and Russell». En preparación.
- 1990c, «Bertrand Russell and Bradley's ghost: evolution and significance of Russell's difficulties concerning relations». De próxima publicación.
- 1990d, «La interpretación russelliana de Leibniz y el atomismo metodológico de Moore». Aparecerá en *Dianoia*.
- 1990e, «Bertrand Russell on complexes, propositions and truth, 1900-1910: a new account based on unpublished evidence». De próxima publicación.
- 1991a, *The mathematical philosophy of Bertrand Russell's: origins and development*. Aparecerá en Nápoles: Bibliopolis.
- 1992a, «Mathematical logic and logicism from Peano to Quine». Aparecerá en I. Grattan-Guinness (ed.), *Encyclopaedia of the history and philosophy of the mathematical sciences*. Londres: Routledge.
- Rosenbaum, S.P., 1969a, «G.E. Moore's *The elements of ethics*». Univ. Toronto Quart, 38, pp. 214-32.
- Russell, B., 1897a, *An essay on the foundations of geometry*, Londres, (Cambridge Univ. Press.).
- 1900a, *A critical exposition of the philosophy of Leibnitz*, Londres (Cambridge Univ. Press.). Reimp. (Allen & Unwin), 1937.
- 1903a, *The principles of mathematics*, Londres, (Cambridge Univ. Press.). Reimp. (Allen & Unwin), 1937.
- 1904a, «Meinong's theory of complexes and assumptions», *Mind*, 18, pp. 204-19; 336-54; 509-24.
- 1983a, *Cambridge essays, 1888-99*. Vol. I de *The Collected Papers of Bertrand Russell*. Londres (Allen & Unwin).
- Ryle, C., 1981a, «Moore and Russell on existence», *Russell*, pp. 37-40, 17-30.
- Schilpp, P.A., 1942a, (ed.), *The philosophy of G.E. Moore*, La Salle, III (Open Court), 1968 (3ª).
- Spadoni, C., 1977a, *Russell's rebellion against neo-hegelianism*. Tesis doctoral inédita. Univ. de Waterloo, Ontario, Canada.
- Stebbing, L.S., 1942a, «Moore's influence». Schilpp 1942a, pp. 515-32.

Agradecimientos

Deseo mencionar aquí a Juan J. Acero, que hizo valiosas observaciones sobre una versión anterior (el capítulo 6 de mi 1987a), a las cuales, sin embargo, no he podido dedicar todo el espacio que merecían. Asimismo a Carl Spadoni, antiguo miembro del equipo de los Archivos Russell (Hamilton, Canadá), por haberme facilitado una copia de su tesis doctoral (1977a), que supuso un primer paso en el estudio de los orígenes de la filosofía analítica clásica. Sin olvidar a Kenneth Blackwell, director de los mencionados Archivos, fuente inagotable de todo tipo de información sobre lo relacionado con Bertrand Russell.

Francisco RODRIGUEZ CONSUEGRA
Departamento de Filosofía
Instituto S. Vilaseca
Department of Philosophy
McMaster University